



La felicidad ja, ja, ja y la Universidad

Ana Lydia Vega

Cuando mi querida amiga Eneida Vázquez me pidió que aceptara asumir la responsabilidad de algo que respondía al intimidante nombre de "lección inaugural", por poco salgo corriendo. Cuando me dijo que el tema era nada menos que "el significado de la educación universitaria" y me recordó que este año celebramos el Sesquicentenario de don Eugenio María de Hostos, efectivamente salí corriendo. Les confieso que me entró una canillera de ocho cilindros. ¿De qué puedo yo hablarles a unos adolescentes que, a su corta edad, saben más de la vida que yo?, pensaba, almorzándome las uñas de ansiedad. ¿Cómo explicarle la visión hostosiana de la educación universitaria a una gente que vive todos los días en la cuerda floja de la sobrevivencia social, balanceándose precariamente entre la criminalidad, el SIDA y el plebiscito? ¿A qué citas pomposas recurrir ("No hay triunfo sin lucha", "Sin dignidad no hay nada en la vida") para convencerlos de que la universidad puede ser algo más, mucho más que una fábrica de diplomas o una digresión de cuatro años para caer de cabeza en la fila del Desempleo o un resuelve para cobrar la BEOG?

Tras el preseo olímpico de Eneida, solté el teléfono como se suelta un caldero caliente. Pero ya le había dado el temido y definitivo sí.

Para llegar a esa decisión fatal, tuve que imponerme a mí misma tres condiciones. La primera, que yo no iba a dar ninguna lección porque las lecciones sencillamente no se dan sino que se hacen con la participación libre y voluntaria de maestros y estudiantes. La segunda condición era el reconocimiento de que quien único iba a inaugurar algo aquí no era yo sino ustedes, que son - después de todo y a mucho orgullo - los prepas. Lo que me tocaría a mí, si acaso, sería más bien augurar, verbo que según el diccionario quiere decir: anunciar algo –bueno o malo- que está por ocurrir.

Y en tercer lugar: que yo no iba a elucubrar doctas exégesis sobre el significado de la educación universitaria según don Eugenio María de Hostos porque -con el perdón del ilustre mayagüezano- no tenía la más mínima intención de ponerlos a todos a roncar y quedarme hablando, como la mala de las telenovelas, en voz alta conmigo misma.

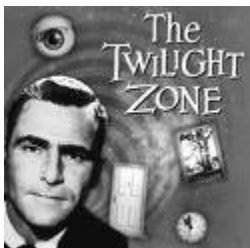
Así es que decidí hacer lo que me han dicho que hago menos mal en la vida: contar cuentos. Y revivir con ustedes el sustito sabrosón de aquella primera vez que planté un tímido campeón en este sacrosanto campus de Río Piedras, allá por la remota y revoltosa década de los sesentas. Sí, aunque no lo crean: tremendo sustito. Porque en 1964 la Universidad de Puerto Rico representaba, para la nenita estofoncita y bobita de colegio católico americano que era yo entonces, nada menos que la encarnación institucional del Mal. "Por favor", nos aconsejaban juiciosamente aquellas monjas dominicas que eran nuestras mollerudas guardaespaldas espirituales, "no vaya a la UPR: van a poner en peligro su fé".

Palabras con luz. Si algo me enseñaron mis cuatro años en esta especie de Territorio libre de América que ha sido para mi la UPR fue a desconfiar, a sospechar, a poner siempre en peligro todo tipo de fe. Yo venía, como muchos de ustedes, de un mundo pre-fabricado, pre-programado y casi predestinado en el que gobernaban sin partido de oposición el miedo y el dogma. Y dentro de ese mundillo (para qué voy a



negarlo ahora) era, como la mayoría de los bebés *Carnation* que fueron mis compañeros de clase, relativamente feliz, según la definición años cincuenta, urbanizada y libre-asociada de la felicidad. Aceptaba sin mayores cuestionamientos el orden impuesto en la casa y en la escuela. Y como nada puede resultar amenazante para el que se alinea mansamente con los dulces dictados de la autoridad doméstica, académica y celestial, vivía muy oronda y muy inocentemente persuadida de que aquel era el mejor de los mundos posibles. Y la palabra que mejor resumía esa amable docilidad mía era, naturalmente, una palabra en latín: amén.

Para los que nos criábamos bajo la sombrilla protectora del Estado



Libre Asociado en los tiempos del muñocismo glorioso, todo era inevitablemente blanco o negro. No existía, no podía existir de ninguna manera eso que llaman por ahí las zonas grises: *the twilight zone*. Estábamos seguros de que, como en las nuevas series de aventuras a lo *Perry Mason* y *Cisco Kid* que presenciábamos hipnotizados ante nuestros flamantes televisores *Dumont*, los habitantes de este planeta estaban divididos en dos bandos irreconciliables: ¡o: buenos y los malos. Esa visión tipo Hollywood de los cincuentas está perfectamente ilustrada en un pasaje muy divertido de una novela de Magali García Ramis que espero hayan leído ya y que se llama *Felices días, tío Sergio*. Para que vean cómo se batía el cobre ideológico en aquella época, escuchen lo que dice Lydia, la protagonista de la novela:

"Del lado del Bien estaban la religión Católica, Apostólica y Romana, el Papa, los Estados Unidos, los americanos, Eisenhower, Europa, sobre todo los europeos finos, Grace Kelly, la gente preferiblemente blanca, todos los militares, Evita Perón, la zarzuela, lutos los productos de España desde las mantillas hasta los chorizos y Santa Montiel y absolutamente todo lo alemán y suizo, desde el vino del Rin hasta los relojes cucú. Del lado del Mal estaban los comunistas, los ateos, los masones, los protestantes, los nazis, las naciones recién formadas por negros en Africa (porque derramaban sangre europea y mataban hermanitas de la caridad), los nacionalistas e independentistas puertorriqueños, el mambo, Trujillo, Batista y María Félix, pájara mala culpable de que Jorge Negrete estuviera en el infierno".



Lo que quisiera contarles aquí hoy tiene que ver con el cambio que produjo el venir a la universidad en mí, en esa concepción años-cincuenta del mundo que, como a toda mi generación, me endilgó la crianza y me reforzó la escuela. No quisiera hacerles pensar, sin embargo, que la universidad es algo así como la estadidad: una fórmula mágica para dejar de ser lo que uno es y convertirse en

otra cosa. Imposible. Ni quiero que piensen tampoco que las transformaciones de las que voy a hablarles se dieron por obra y gracia única de la universidad. Seguro que no: todo el mundo sabe que por aquí entran y salen igualitos cantidades de industriales de zombis todos los años. Lo que sí puedo asegurarles es que éste fue el lugar de convergencia donde se dieron cita diversas corrientes electromagnéticas que transitaban, para aquel entonces, por toda la tierra. Corrientes con las que yo inocentemente - pero no menos mágicamente - me vine por fortuna a conectar.



Como ustedes saben, si sus padres les han contado algo de aquellos días, los sesentas marcaron una especie de frontera entre el tiempo viejo y el tiempo nuevo en nuestro país y en el mundo entero. Hay quien dice, inclusive - y con la distancia aumentan el *cachet* y la idealización de aquellos años locos - que durante esa década se dio en el planeta tierra algo así como una revolución. Fenómenos como la Guerra de Vietnam, las protestas estudiantiles anti-militaristas, las revueltas en los ghettos negros de los Estados Unidos, la Revolución Cubana y el movimiento feminista internacional, entre otros, produjeron una explosión en el panorama social de Puerto Rico. Era la época del pelo largo en muchachas y muchachos, de todas las modas unisex, de los *hippies* de los *t-shirts* psicodélicos, de las minifaldas tipo batutera, de los mahones *hip-huggers* y *bell-bottoms*, de Bob Dylan y Joan Báez, de los Beatles y Sonny and Cher y también de los comienzos de Chucho, Lucesito y todos los cantantes de la Nueva Ola que Alfred D. Herger (padre) seguía y seguía sacando como conejos de su sombrero sin fondo.

Estaban ocurriendo grandes cambios en las actitudes de la juventud, en sus ideas y su comportamiento. Por un lado, se liberalizaban las relaciones entre los sexos, se hablaba de "amor libre" y se ponía de moda la píldora anticonceptiva que había ensayado años antes el Dr. Pinkus con sus conejillas de Indias puertorriqueñas. Por otro, se



popularizaban la marihuana y el ácido bajo la influencia de gurúes intelectuales como Timothy Leary. En la UPR, como en tantas otras universidades mundiales, se escenificaban con alarmante regularidad marchas y piquetes, protestas sentadas y paradas y tremendos corricorres protagonizados por los estudiantes y la policía. El gran *issue* de aquel momento era el servicio militar obligatorio que llevaba a los puertorriqueños a participar en una guerra injusta, criticada casi unánimemente en el mundo. La presencia del ROTC (*Reserve Officers Training Camp*) en el campus universitario provocaba motines entre cadetes y jóvenes independentistas. La juventud andaba montada en tribuna y en cualquier esquina agarraba la guitarra un cantante de protesta o un artista convertía un pasquín en mural.



En el campo de batalla doméstico, los hijos se enfrentaban a los padres dentro de todo ese proceso de cambio social que debió parecerles bastante amenazante a nuestros pobres viejos. Imagínense lo que sería para ellos ver, de un día para otro, al nene andando por ahí con el pelo hasta los hombros, unos mahones rotos y desteñidos con la bandera puertorriqueña pegada al trasero o a la nena, con una túnica india sin brasier y unas sandalias de cuero amarradas que le llegaban más alto que la microfalda, cantando a todo pulmón una canción que repetía febrilmente el inquietante estribillo: "Fuego, fuego, el mundo está en llamas; fuego, fuego, los yanquis quieren fuego..." ¡Bendiito!



Señala David Rodríguez Graciani en uno de los pocos libros que se ha ocupado del movimiento estudiantil en Puerto Rico y que responde al provocador título de *¿Rebelión o protesta?* que fue precisamente en 1964, mi primer año en la UPR, cuando, tras la paz de los sepulcros de los cincuentas, se desataron las furias ideológicas en el recinto de Río Piedras. Había batallas campales entre el FAU (Frente Anticomunista Universitario) o la AUPE (Asociación de Universitarios pro-Estadidad) y la FUPI (Federación de Universitarios pro Independencia) o

la JIU (Juventud Independentista Universitaria). La policía aprovechaba la menor oportunidad para entrar al campus y repartir macanazos a diestra y siniestra. Aunque, para decir verdad, más a siniestra que a diestra...

No teman. No pienso hacerles el recuento detallado de aquellos revoluses que tenían a nuestros padres rezándole novenas a San Judas Tadeo a ver si se pegaban en la lotería y nos mandaban a estudiar "fuera". Pero espero haberles dado una idea general del temporal social que me arrancó del patio del colegio donde yo recitaba cada mañana el "Pledge of Allegiance to the flag of the United States of America" y me zampó en el mismo medio del torbellino político-sexual que azotaba entonces a gran parte de las universidades internacionales.

¡Qué escandaloso, qué *risqué* parecía todo eso en aquel momento! ¡Y qué medieval les parecerá ahora a ustedes! Imagínense, que no fue hasta un año después de mi graduación, el célebre año de 1969 en el que el astronauta Neil Armstrong clavó la pecosita americana en la luna, el año inolvidable del notorísimo Festival de Woodstock, que se atrevieron a venir las primeras chicas en pantalones a esta universidad. ¡Ay, Santa Luisa Capetillo, qué lenta, después de todo, es la evolución de la humanidad! Y les resultará interesante saber que muchos profesores prohibían terminantemente la entrada de las empantalonadas a los salones de clase.



Para entender el salpafuera que produjeron en nuestro país todos esos sucesos ocurridos poco antes del nacimiento de ustedes, hay que recordar algo que apenas hemos admitido hace un tiempito: la intolerancia y el espíritu represivo que reinaban en la sociedad puertorriqueña hacia todo lo que representara una desviación de la norma, una amenaza al viejo ideal de estabilidad social que formaba la base de una definición muy conservadora de la felicidad.

La felicidad, para las personas temerosas del cambio, consistía sencillamente en la negación absoluta de los problemas. Bien facilito: el Síndrome Aveztruz. Pero claro, para poder negar los problemas y ser felices, había que meterles un tapón en la boca a los imprudentes que se pasaban

levantando el esparadrapo y hurgando con dedo malamañoso en la cochambrosa llaga social. El otro día casi, se vino a saber de la existencia de listas de "subversivos", de carpetas secretas que fichaban a miles de puertorriqueños (entre los cuales había muchos estudiantes) por el mero hecho de no compartir el ideal político dominante. Y uno se pregunta ahora, más de veinte años después: ¿a cuántos jóvenes se les habrán cerrado misteriosamente puertas de oportunidades como becas o empleos por haber figurado, sin que ellos lo supieran, en esas dichosas listas? ¡Por eso era que nuestros padres nos encomendaban todos los días a la Virgen de la Providencia: para que la nena no les saliera encinta, al nene no se lo embarcaran pa Vietnam y el NIE no les fichara a ninguno de los dos!



Volvamos al cuento inicial, el de Alicia en el país del Cerro Maravilla, para ver las consecuencias intelectuales y psicológicas que sobre la nenita estofoncita y bobita de colegio católico americano tuvo esa volada de cráneo que fue la universidad de los sesenta. Antes que nada, quiero que sepan que estofoncita seguí y, que a mucha honra, sigo siendo. Bobita, tal vez un poco menos, no estoy segura... Y esto último, no tanto gracias a mis profesores, pues tuve muchos bastante autoritarios y aburridos que me hicieron cuestionar la validez misma de estar en la universidad. Aunque debo decir que también hubo unos cuantos que justificaron de manera sublime el cruel silletazo de tres veces en semana, asumiendo con pasión y alegría su función de guías del pensamiento crítico...

Mis mejores profesores en esta universidad fueron, sin embargo, mis compañeros estudiantes. En el pasillo de Humanidades aprendí yo y aprendimos todos infinitamente más que en los salones de clases. Porque en ese pasillo venerable se reunían estudiantes de todas las extracciones sociales, de todas las creencias religiosas, de todas las crianzas y escuelas y cabezas. Esto ya era un cambio enorme frente a la uniformidad forzada de la academia. Recuerdo que una de las primeras libertades que descubrí y ex-

perimenté con los amigos pasillistas fue la de la palabra. La liberación verbal, la posibilidad de expresarse sin ningún tipo de censura, mezclando impunemente buenas y malas palabras, alusiones cultas y cafres, opiniones de viejo y nuevo cuño, representó una guerrilla simbólica de reafirmación personal contra los tabúes de lo establecido.

Ninguna liberación verbal se queda en eso. De la palabra se pasa a la acción y la palabra es en sí un tipo de acción. Y nosotros fuimos cultivando, en esa brega, cierto liberalismo social que nos permitía considerar, como los *Rayos Gamma* pero sin ofender, a todos por igual. En Humanidades, entré en contacto por primera vez con el llamado mundo *gay* puesto que muchos de mis compañeros eran homosexuales. La revolución sexual hacía su agosto. Las mujeres empezaban a tomar conciencia de sus limitaciones y, sobre todo, de sus posibilidades. El concepto de la pareja sufría modificaciones radicales, desechándose poco a poco la teoría milenaria de la dominación de un sexo por el otro. Una visión igualitaria, una tolerancia inteligente iban forjándose a tropezones con la vida diaria. El respeto a la diferencia, a la deslumbrante variedad humana, iba imponiendo subrepticamente una reevaluación de los modos de convivencia. Pronto los prejuicios que acompañaban los postulados básicos de mi educación años-cincuenta comenzaron a perder fuerza. En aquella época de comunas y matrimonios abiertos, de liberación femenina y liberación *gay*, la noción patriarcal de autoridad iba cediendo el paso a la noción colectiva de solidaridad.

Todo esto suena muy solemne, muy seriete, así, puesto en palabras. La verdad es que aquellos bembés del pasillo de Humanidades de solemnes y serietes no tenían nada. Por el contrario, el humor, la irreverencia y la fantasía imaginativa nos contagiaban a todos y agudizaban la sensación intensa de libertad que nos daba aquella constante sacudida de alas.

A las lecciones de vida que construíamos juntos los estudiantes, se añadía la influencia de unos libros muy importantes. Estas lecturas y las discusiones que sobre ellas sosteníamos con los profesores y entre compañeros se ocuparon de darle otro machetazo implacable a los prejuicios disfrazados de verdades universales que nos había impuesto el

pasado.

La selección oficial de libros podría criticarse, desde una perspectiva más integral de la educación, por su obsesión occidentalista. La Casa de Estudios Benitista tenía los socios firmemente enclavados en Europa. La producción cultural de Asia, África y América latina se ignoraba por completo, no entraba ni por la puerta de servicio en la conformación de los ideales éticos y estéticos que se pretendían comunicarnos nuestros maestros. Pero esos libros tuvieron el mérito apreciable de ponerme a dudar de cualquier afirmación categórica y totalizante. ¿Por qué otorgábamos valor de Evangelio a cosas que para otras culturas no significaban nada vice-versa? ¿Por qué menospreciábamos valores que para otros pueblos eran capitales? Por qué qué establecíamos como hechos incontrovertibles lo que sólo eran percepciones, opiniones, perspectivas individuales, de clase o nacionales? Freud, Simone De Beauvoir, Baudelaire, Shakespeare, Cervantes y un interminable desfile de escritores y pensadores que integran el fondo cultural común de la humanidad comenzaron a subvertir, en el más auténtico sentido de la palabra, mi manera de ver la vida y de estar en el mundo.

Y aquí tengo que dedicarle una mención especial a la literatura puertorriqueña. Durante mis años en la academia, yo sólo había leído de nuestros autores aquellos inevitables tostones que nos asignaban en los cursos de español, es decir, aquellos que habían pasado por el filtro represivo del



Departamento de Instrucción Pública y por el colador anti-erótico de la censura de las monjas. Y confieso que no me habían apasionado demasiado. Al llegar a la universidad, y por



recomendaciones de amigos más entendidos, cayeron entre mis garras los Cuatro Jinetes del Apocalipsis, (René Marqués, Pedro Juan Soto, Emilio Díaz Valcárcel y José Luís González), la poesía de Palés Matos y Julia de Burgos y los libros



de quien tenía fama de ser, en aquella época, el profesor subversivo por excelencia, Manuel Maldonado Denis.

Anteriormente, yo jamás me había planteado siquiera la cuestión de nuestra situación colonial. Lo único que sabía de política eran los tres Misterios de la Fe del pensamiento electoral puertorriqueño: 1. que ser independentista era pecado mortal, 2. que sin americanos nos íbamos a morir de hambre y 3. que para llegar al cielo había que poner una sola cruz debajo del bigote de Muñoz Marín. A partir del momento en que entré, por virtud de esos libros y de la actividad que estaba viviendo el recinto en las aguas hondas de nuestro hamletiano "to be or not to be", comprendí lo perverso de una educación primaria y secundaria que producían aquel estado de falsa inocencia. Porque no era una inocencia basada en la ingenuidad sin en el más craso desconocimiento de las realidades de nuestra patria.

Bueno, todo este asunto fue mucho más complicado de lo que les cuento aquí. Lo que sí queda claro es que hubo un gran cambio, que se fue incubando algo que podríamos llamar una especie de hiper-conciencia crítica y que no es muy fácil de explicar. La hiper-conciencia es como un estado de alerta permanente que tiene a uno siempre en guardia contra la mentira. Y principalmente, contra las que nos decimos a nosotros mismos, que son las peores. Es un no hipotecarle a nadie la libertad de pensamiento, una declaración de guerra a todo dogma que no sea el del respeto a la vida y la dignidad humanas. Es tener las antenas afiladas para captar las vibraciones más intensas así como las más tenues de la tierra y el espacio y conservar la capacidad de comprometerse con la esperanza del cambio. Implica la aceptación compasiva de la complejidad humana, con todos sus vicios y virtudes, y la sensibilidad que permite estremecerse ante el dolor de seres que viven junto a uno o a miles de millas de uno. Y lleva a un sentido de participación, de pertenencia que nos hace darnos cuenta de que el desarrollo de las máximas capacidades de un individuo siempre estará en sintonía con el de las máximas capacidades del género humano. Esta nueva actitud ante la vida da, a mi juicio, el producto más fino y más elaborado de la universidad: un ser humano que sepa pensar críticamente por sí mismo y pueda sentir solidariamente por los demás.

Pero tiene sus riesgos. Porque la hiper-conciencia, una vez

adquirida, asalta a uno en los momentos más imprevistos y le roba a uno de un zarpazo la tranquilidad. Como cuando uno alza el brazo alegremente para echarse un chorro de desodorante de spray en el sobaco y de momento se acuerda de la capa de ozono y los efectos ecológicos que tan inofensiva y cotidiana acción tendrá sobre el futuro de nuestros pobres nietos. O cuando uno prende un cigarrillo guillaíto en la oscuridad del cine y de repente se le aparecen, como en la pantalla de una *Macintosh* mental, las estadísticas del cáncer del pulmón. O cuando uno se está papiando un hamburgerde brontosaurio en el MacDonald's y vienen a dañarle a uno la cabeza las imágenes de la hambruna de Etiopía. Y es una vaina, porque uno empieza a buscarle la quinta pata al gato y a querer mirar con el tercer ojo y a relacionar los mensajes subliminales de los subliminales de los anuncios de *Cutty Sark* con la violencia doméstica y ese gallo de marihuana que le ofrecen a uno en un "pari" con el Cartel de Medellín y la explotación del Tercer Mundo y darle casco al último vide abolicionista de Madonna y a sospechar que Michael Jackson se hizo aquella dichosa operación... Y todo eso tiene que desembocar en la vida diaria de uno, tiene que transformarle a uno hasta la intimidad. Porque si no afectara desde las cosas más pequeñas hasta las más grandes, desde la manera de peinarse hasta la de hacer el amor, entonces no habría hiper-conciencia en absoluto, no habría más que un auto-teatro, un fronte monstruo, un mero guillecito intelectual.

Lo malo de la hiper-conciencia es que no es reversible. Y no tiene más que una sola velocidad: el *overdrive*. Es como estar condenado, *per sécula seculórum*, a la lucidez. Pero hay que saber gufiársela también. Sin un buen sentido del humor, la hiper-conciencia sería de una pedantería paranoica insoportable, una versión *snob* del estrés existencial.

No vayan a creer que este asunto es como lo del diploma, que se lo dan a uno nada más que por asomar la cara dos o tres veces en semana y devolverle íntegro el babazo al profe en la odiosa libretita azul. Hay gente que pasa por la universidad como si con ellos no fuera, con un condón mental que no le da breaka ningún contagio positivo. Gente para quien la cultura es simplemente

una acumulación de datos ahorrados con el propósito explícito o implícito de deslumbrar, de dominar. Ay bendito, si supieran lo que dijo un famoso escritor francés sobre eso: que la cultura es lo que queda después que uno lo ha olvidado todo (y debe ser verdad porque yo ni me acuerdo ya de quién lo dijo...). La verdadera cultura tiene que ver con la hiper-conciencia, ese notón natural que viene a alborotarnos la cabeza para que desafie la noción panzona, chancletera y control-remoto de la felicidad.

Nilita Vientós Gastón, quien a pesar de su ateísmo confeso se acaba de mudar para el cielo hace unas semanas, dijo en pocas palabras algo que quisiera recordar aquí: "No se vive para ser feliz, se vive para aprender". A Nilita le encantaba discrepar y voy a permitirme discrepar de ella. Yo diría más bien que el aprender no nos impide - no debe impedirnos - ser felices sino que nos propone una manera de conseguirlo. Aunque el verdadero aprendizaje siempre resulta un poco molesto, un poco incomodante, no está reñido, no puede estar reñido, con la felicidad. La hiper-conciencia universitaria nos obliga a reinventar esa palabra, a buscarle un sentido más hondo, más nuevo, más generoso y más sabroso a la felicidad.

Queridos prepas: gracias por regalarme cada mes de agosto este baño rejuvenecedor. Sale más barato que las cremas y menos arriesgado que la cirugía plástica o la liposucción. Por ustedes es que yo, como tantos profesores que en los setentas llegamos aquí con los ojos brillosos y los brazos cargados de proyectos para cambiar la vida, sigo entrando en el círculo mágico de este recinto todos los días por aquel puente de la calle Brumbaugh desde el que se ve el perfil de una torre siempre atenta, entre las palmas, al vuelo libre y juguetón - pero seguro - de las mariposas.

